

# Etnografía

## Notas de un viaje a los Tobas

CLEMENTE HERNANDO BALMORI

ORIUNDO DE LLANES, Oviedo, España, donde nació en 1894, el prof. Clemente Hernando Balmori se naturalizó argentino en 1942. Licenciado en filosofía y letras en la Universidad de Madrid (1920), obtuvo por oposición la cátedra de lengua latina en el Instituto Nacional de Soria en 1924. Más tarde, catedrático por concurso en el Instituto "Antonio Nebrija" de Madrid. Siguió cursos de filología en las universidades de Berlín, Montpellier (Francia) y en el British Museum, de Londres. En 1939 fue contratado como profesor de lengua latina por la Universidad Nacional de Tucumán, donde luego dictó la cátedra de griego. Hizo varias excursiones científicas a Santiago del Estero, Formosa y Chaco recogiendo material para el estudio de las lenguas aborígenes. Desde 1955 es profesor de filología hispánica y director del Instituto de Filología de la facultad de Humanidades de La Plata. Ha publicado alrededor de 25 trabajos, en revistas especializadas.

EL 19 de agosto de 1954 partimos de Tucumán al Chaco. Mi propósito era de reunir material lingüístico indígena, en que tan rica es esta región argentina.

En efecto, el Chaco es y ha sido un nudo de etnias y de lenguas. Sólo "en las orillas del Bermejo se usaban hasta ocho idiomas" —nos dice el P. Techo en su HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL PARAGUAY.

"Refugio, conglomerado de pueblos desplazados" interpreta la palabra "Chaco" el P. Lozano, dando un sentido metafórico al *chacu* "cazadero o caza acorralada" del quichua.<sup>1</sup>

La misma interpretación, y quizás por las mismas razones, le atribuye el naturalista Haenke en 1795 en su descripción del Perú.

Pero en realidad la palabra Chaco es una forma abreviada del nombre primitivo: Chacogualamba. Y si el elemento —gualamba o gualampa— es lule, como lo eran los *dipete-*

<sup>1</sup> Pedro Lozano: CHOROGRAFÍA DEL GRAN CHACO GUALAMPA. Tucumán, 1941, p. 25.

*gualambas, lancogualambas, solcogualambas, iparinogualambas y lavas-gualambas* de la provincia Guatiliguala, es decir, un gentilicio de los lules “pequeños” o *tonocotizados*, es posible que el primer elemento --Chaco-- lo fuera también. De paso recordaremos que en lule o tonocoté (Machoni) la palabra *guala* significa “quebracho colorado”<sup>2</sup> y parece la misma palabra que encontramos en los nombres de tribus tonocotés precedida del sufijo *—li—* (¿= *le* prep. “de o hacia”?); *guaty-liguala, animihiliguala, yuculiguala, yocoliguala, ayuliguala, hiasliguala, alquicoliguala, mayliguala*, etc. Recordemos a este propósito que el Chaco es la región del quebracho colorado y que los lules tenían como *totem* grandes troncos o vigas parados (¿de quebracho?) con diversas figuras, delante de sus tolderías.

En este viejo nudo de lenguas y culturas había que limitar la ambición si había de hacerse algo de provecho. Las circunstancias nos pusieron en contacto con dos grupos, matacos y guaycurúes, y todavía de éstos, los pocos mocobíes de que tuvimos noticias y que estaban concentrados en la Colonia Aborigen de Napalpí, escaparon a nuestro estudio porque estaban por entonces en actitud no pacífica. Así es como se extingue este indomable pueblo de modo bien semejante al de sus hermanos de raza los abipones, extinguidos ya al parecer.

En la extensa región que recorrimos, más de 3.500 kilómetros del Chaco y Formosa, el panorama se dividió para nosotros entre estas dos naciones: matacos con algunas variedades y tobas con algunos pilagás o yatipilagás. Dispersos y mezclados con éstos, algún que otro ejemplar de la esbelta raza chulupí.

Pero el pueblo más común y que más se destaca por todo Chaco y Formosa y el que por lo tanto absorbió más nuestra atención es el de los tobas. El origen de este nombre nos decían ser de origen chiriguano o guaraní. Guaraní lo creyó también Pelleschi; pero en su discusión con el coronel Fontana<sup>3</sup> parece más aceptable la etimología sostenida por éste: la forma original *tobai*: de *toba* “cara, frente” más *—i*, partícula de diminutivo: “los frentecitas”, que corresponde en forma diminutiva enfatizante al “frentones”, que es el nombre que les

<sup>2</sup> V. A. Garcedo: LA FLORA DEL CHACO. Resistencia, 1916; p. 154, da la forma *ialan* para el quichua, con la significación de quebracho chaqueño.

<sup>3</sup> G. Pelleschi: EIGHT MONTHS ON THE GRAN CHACO, London, 1886, p. 17.

daban los españoles, por llevar rapada la parte superior de la cabeza hasta la coronilla. <sup>4</sup> Esta costumbre no está conservada en ninguno de los grupos visitados por nosotros. En todo caso ellos rechazan este nombre, y el que se dan a sí mismos es el de *Ntocouitt* o *Na-to-couitt* (de aquí acaso el *Naticas* de los primeros cronistas) con un elemento —*couitt* común con sus hermanos de raza y de lengua, los *Mo-couitt* o *Mbo-couitt* (*¿Mboc-couitt?*), cuyo significado no aparece claro. <sup>5</sup> Los lules llamaban *Cuél-eú* “muchachos grandes” tanto a tobas como mocobíes. En cambio los matacos llaman *Huanjloi* “aves-tuces” a los tobas. En el Abipón de Dobritzhofer se los llama *Natac-queuit*, donde aparece conservado el elemento —*couitt*. Los choroti. *Yothloki* “engalanados, florecientes”. Los vilelas. *huanuane* (de *uan* “toldo”, reduplicado, más —*ne*, sufijo de colectivo) “los de las tolde-rías”, sin duda por los grandes toldos en que vivían y que nos describe D’Orbigny <sup>6</sup>. Algo parecido eran los primeros toldos que vimos en nuestro primer contacto con los tobas el 21 de agosto de 1954 en las afueras de Sáenz Peña. Saliónos a recibir una jauría de perros flaquísimos; al verlos parecióme exacto el dicho tucumano “más flaco que perro de indio”. Pero me sorprendió que a una sola voz se callaron sin molestarnos más en toda la tarde. Los indios empezaron a acudir saliendo de sus toldos. Eran éstos de varias formas, pero los más típicos eran verdaderos paravientos alineados en largas filas. Cuatro palos verticales terminados en horqueta —los del frente más altos— unidos arriba por cuatro horizontales; de los del fondo pendían en esta ocasión bolsas cosidas, en algunos, ramas y pastos, sucedáneos de la estera de chaguar usual en otras partes, y por arriba otra capa igual sirviendo de techo. Si el viento sopla en otra dirección se acomoda la tienda oportunamente.

Reuniéronse unos cuarenta hombres, jóvenes en su mayoría, y al frente su cacique Ramón Petiso, petiso entre aquellos gigantes. Presentaron sus pedidos y quejas habituales: sus tierras, prendas de ves-

4 Lafone en ARCE DE LA LENGUA TOBA, Revista del Museo de La Plata, 1893, p. 12 lo deriva del guaraní: *t-obá* (con *t-* pref. de relación y *obá* “cara” la raíz) y le da la significación de “caras” por la misma razón.

5 El elemento *mboc-* quizás por *po-* “grande, grueso” en el toba de Ducci.

6 El HOMBRE AMERICANO, Buenos Aires, 1944, p. 284. Los enimagas recuerdan las formas anteriores con su *Natakoithlikyi*.

tir, alambre para cercar; cada fotografía que sacáramos, un peso, y luego diez pesos para repartir entre la gente. Petiso se encargaría de esto, pues él habla siempre en nombre de su tribu. Además él es el piquito o intérprete de su gente.

Entre tanto me puse a examinarlos con atención: altos, 1,70 m. parece ser la media de su raza según los antropólogos modernos. Robustos y bien conformados, pómulos salientes y elevados, cabeza dolicocefala, dentadura fuerte y bien colocada. Contra la impresión de D'Orbigny, se mostraron alegres, habladores y confiados dondequiera que los tropecé, en contraste con la reserva y desconfianza de los matacos. Qué curioso: el pedido de sus tierras lo fundaban en que este suelo era suyo y como a título de compensación. La verdad es que lo pelearon bravamente, bravos entre los bravos. Su fama de depredadores les valió el nombre guaraní de *guaycurú*, dedicado especialmente a los tobas. En realidad su significado parece que es genérico<sup>7</sup> y se aplicó sobre todo a la etnia de este nombre que tiene una lengua común subdividida en siete u ocho grupos: 1) mbayás (los de las grandes esteras, 2) guachís, 3) pallaguás, los terribles piratas, 4) tobas o ntocoit, 5) pilagás o yatipilagás, 6) mvocovíes, 7) abipones y posiblemente 8) querandíes. Su descripción antropológica sería: "cabeza grande, cara ancha sin ser llena, frente saliente, la nariz ensanchada por lo abierto de sus ventanas, pómulos bien pronunciados en el adulto, boca grande, dientes hermosos: las orejas pequeñas y también los ojos, que aunque horizontales, a veces se elevan hacia la parte exterior, de suerte que pueden decirse sesgados" —así los describe D'Orbigny en *EL HOMBRE AMERICANO*. "En cuanto a la nariz, labios y dientes —dice Lafone— bien podrían los tobas llamarse patagones... porque ambos los tienen ancha, gruesos y hermosos".<sup>8</sup> Con estas palabras parecía Lafone intuir, en 1893, el grupo pámpido de Eickstedt, hoy generalmente admitido.

Es algo digno de nota que pese al gran número de esclavos e hijos de esclavos que viven entre ellos y se casan con mujeres tobas

7 "Guaycurú —dice Morillo— no porque haya nación de guaycurús, sino porque esta voz guaycurú significa inhumanidad o fiereza". V. Colección De Angelis T. VI, p. 21. Lafone lo analiza así: el nombre de *ai* se aplica también a los pilagás; *ai* es bellaco, *curu* sufijo diminutivo y *gu* el prefijo recíproco; bellaquitos: grandes bellacos.

<sup>8</sup> Lafone, op. cit., p. 13.

--Ramón Petiso era hijo de cautivo-- las tribus tobas conservan sus caracteres bien marcados. Las mujeres se mantuvieron alejadas todo el tiempo observándolo todo desde sus toldos.

Aquí se veían bastantes niños, entre los que repartí monedas que apreciaban más que el peso de papel. Dos cosas me llamaron la atención sobre ellos: la primera que no eran molestos ni pedigüños y la otra el respeto y hasta delicadeza con que los mayores los trataban. Me impresionaba también su mirada serena y franca.

Al día siguiente visitamos Napalpí con el poco éxito que hemos consiguado. De Napalpí partimos en dirección a Colonia Castelli y abandonando el terraplén, como por allí llaman a los caminos, nos desviamos a Pozo del Toro, hacia una tribu toba de unas ciento ochenta familias bajo el cacique Germán García. Esta tribu había sido catequizada en una doctrina religiosa muy extendida entre los tobas y matacos del Chaco y que se llama la Iglesia de Dios. No conozco bien su credo, pero sí sus resultados: el indio converso en esta creencia vive en un estado místico sorprendente. No beben, no fuman, no hablan sino de Cristo y de su Iglesia. Recuerdo una escena de rezos en una iglesita de barro, sin techo, en los alrededores de Pozo del Toro, levantada por la devoción de un viejito toba. Dos o tres veces por semana se reunían a rezar en ella unos cuarenta o cincuenta tobas bajo la dirección de un "dirigente del culto", amigo mío desde entonces y que se llama Ramón Maidana. No había en ella más que hombres y las dos o tres muchachas que entraron se cubrían y apartaban la cara. Cantaban y rezaban levantando al cielo una mano, luego la otra y por fin las dos. De pronto se hizo un silencio y cayeron todos de rodillas y gritaban y se golpeaban violentamente el pecho con las manos y la cabeza contra las paredes y el suelo implorando perdón de sus pecados que confesaban en voz alta al tiempo que suplicaban auxilio a su pobreza y terminaban manifestando su fe en el reino de Dios donde todo es felicidad y abundancia. Concluyeron por fin abrazándose unos a otros. llamándose hermanos y deseándose la paz de Cristo. Evidentemente había allí algo del cristianismo primitivo con interpolaciones y arrebatos dionisiacos que no sé cómo interpretar. Quizá el carácter dionisiaco del indio americano de que habla Ruth Benedict, tenga aquí algo de realidad.

El hecho es que al terminar parecían todos poseídos de una bea-

itud paradisíaca. Tengo la impresión de que los fundadores de la Iglesia de Dios puedan ser sagaces sicólogos conocedores de las reacciones nada fáciles de adivinar de estas ingenuas almas primitivas. Donde hemos visto fracasar a tantos por tantos siglos aún con la mejor voluntad innegable ¿podrían ellos haber acertado? Con mensajes grabados de saludo y recomendación para otros grupos y especialmente para el hermano Peiro Martínez, partimos a encontrar grupos internados en la espesa selva chaqueña. ¿Cómo nos recibirían? Tras unos treinta kilómetros de terraplén entramos por picadas recientes en busca de las tribus libres de Miraflores. La llanura chaqueña ofrece sus desquites. Los tocones apuntados, del corte fresco aún, nos causaron serios inconvenientes, mas pudimos llegar con nuestra maltratada rural cien kilómetros adentro de la selva no domada. Los muchachos tobas veían estupefactos un automotor por primera vez y nos saludaban emocionados. Entramos a la tolдерía con un racimo de ellos que probaban un sistema de traslación quizá largo tiempo soñado.

Por lo demás no se piense encontrar muchos niños en las tolдерías. Acaso las posibilidades de alimentación por la caza en el bosque imponen un control de natalidad. Algunos, Azara entre ellos, suponen un suicidio social ante la imposibilidad de adaptación súbita a un medio inapropiado. El hecho es que la mujer toba practica corrientemente el aborto y en qué forma cruel. Desde época remota la mujer toba queda apartada de la vida conyugal durante todo el embarazo y la lactancia, es decir, por más de dos años. El temor a perder su marido en tan largo lapso la induce a la práctica usual de no conservar un embarazo más que a la entrada de la vejez, cuando la larga convivencia ha hecho firme el lazo familiar.

El vivo temperamento de la raza hace frecuente el divorcio. No son raros en estas tolдерías —me aseguraba un informante— tres cambios de hogar en un año. Y la mujer embarazada que se separa de un marido acude indefectiblemente al aborto con el argumento de que el niño no tiene padre: *caicchá lata'a*.

Cierto que no es rara la poligamia. Pero nunca muy duradera, ya que pequeños motivos producen riñas entre las mujeres que se arañan y muerden y *chujchan* severamente entre la indiferencia o las risas de los hombres que no intervendrán para separarlas.

La boda tiene casi como único requisito la petición de la hija al

padre, acompañada de un regalo: una corzuela o un avestruz serán don suficiente —un buen cazador es siempre el favorito—. Sin este requisito se considera un ladrón —*catagaic*— al que se lleva a la muchacha. Una condición indispensable es que la boda ha de celebrarse con luna nueva.

Al llegar a Miraflores, lo que pudiéramos llamar la plaza central estaba repleta de *paisanos*. El cacique Cabito Leiva, hijo de cautivo también, se adelantó a recibirnos rodeado de su estado mayor: unos diez hombres de los principales de la tribu. Como en su juventud había estado en el ejército, entendía y hablaba bastante bien el castellano.

El material reunido fué abundante y del tipo deseado, lingüístico y folklórico, pues grabamos algunas canciones de farra en toba. Una de ellas, de inspiración anacreóntica, que empieza *aiem caicá*, dice en su primera copla: “Voy a cantar una canción de bebida con que alegrar mi vida. ¡Qué bueno fuera pasar la vida entera bebiendo y cantando! Puro beber y cantar sin pena ni daño de nadie”. Otra canción, ésta de amor, que conservo grabada en toba, es la siguiente: “Vengo a cantarte lo que tú olvidaste. ¿Lo olvidaste o mentiste cuando me dijiste que a cantar vendrías? Por eso te canto tempranito al alba. Ven a cantar para que no digan que mientes y engañas”.

Casi rebuscado de puro sutil, ¿no es cierto? Y la facilidad de palabra, extraordinaria. Nos dieron larga bienvenida todos los principales de la tribu además de la esposa del cacique. No les faltaban sus puntas de ironía a veces. Así, exponía el cacique medio en castellano medio en toba las miserias y trabajos de su gente: “el pobre paisano no encontrando con qué alimentar a su familia, levantándose temprano de la madrugada... a las cinco... o las seis... digamos a las siete o las ocho... o mejor a las nueve o las diez...”. Una leve sonrisa de alguno de su gente que entendía la castilla me hizo comprender de qué se trataba. Al sacar las fotos de la tribu alguien de ellos consideró elegante y a tono adornar el grupo con un cartelón de elecciones llegado allí Dios sabe de dónde. Como nadie podía leer, tras muchos cabildeos y consultas lo colocaron cabeza abajo.

No, no saben leer ni escribir, ni han sabido nunca, ni les importa mucho quizá. Mucho más lamentan el no saber contar. El no saber contar les trae consecuencias inmediatas y catastróficas. Es la barrera

que los separa del blanco. Esto es lo que le da a éste toda su ventaja. Por ello el blanco les engaña tantas veces. Por ello el indio está siempre receloso en sus relaciones con el blanco. *Igueté, igueté* “no, no sé, no sé”, me decía un pilagá con un tono de abatimiento como quien confiesa un cáncer. “El blanco sabe contar”, es un *slogan* entre ellos, es, por decirlo así, la definición, la sustancia del blanco.

La lengua del indio pocas veces pasa del cuatro. Exceptúase el quichua y aún para eso los quichuístos de Santiago en pasando de *tía* cuentan en castellano.

La forma de contar del toba es curiosa y complicada, a base de un concepto de parejas de dedos y dedos desaparejados: por ejemplo para siete dicen: *añá saccá necoggouá* “éste sin compañero”, y tocaban el anular de la izquierda, levantando juntamente los de la derecha menos el pulgar, que no entra en ninguna cuenta.

Sin embargo hay indicios de una forma excepcional y muy arcaica de contar en toba: y es por medio de sufijos que indicarían, al parecer, dual, trial, cuadral, quincal, sexal, septal, octal, nonal y decal, respectivamente con los sufijos: *-l*, *-dii*, *-diil*, *-cá*, *-o*, *-ol*, *-accá* y *-caté*, hoy día mal diferenciados.<sup>9</sup>

Además han adoptado los numerales castellanos seguidos del sufijo toba de diminutivo: *-olé* u *-olcá*: *onolé*, *dosolé*, *tiresolé*, etc., “unito, dosito, tresito”, etc. Pero que sepamos nunca pasan de diez: para más de este número dicen “muchos”, *tadayaccá*. Y cuando uno les paga alguna cosa van diciendo *yoctá* o *yoctagá*, *liá* “más, más, otro”, hasta que el montón les satisface.

Visité varias de sus chozas o toldos, algunos de los cuales son cerrados. No contenían nada adentro: alguna bolsita de chaguar, algunas latas, por rara excepción algún cacharro de cerámica con el que las mujeres acarrearán el agua, con la depresión circular chaqueña típica en la panza para acomodar la banda que sujetan a la frente.

Los más ricos —la cosecha de algodón da buenos ingresos— un cuadro de palos fijados a estacas al que sujetan un tiento o lienzo que les sirve de cama. Los demás se contentan con un montón de hojas o de pajas. En ninguna vi despensa o depósito de comida para los días siguientes, si no era algo de pescado seco. Cada día resuelve su propio

<sup>9</sup> Cf. LOS TOBAS Y SU LENGUA, de Ducci, Buenos Aires, 1904, pp. 12 y 14.



problema. Una larga fila de mujeres con sendos palos agudos en la mano —de durísimo palo mataco generalmente— y una bolsa de charaguatá salía camino del bosque en procura de palmitos y tubérculos. Los hombres se agenciaban por su parte algo de caza, cosa nada difícil. La cantidad de charatas, *cochiini* o faisán americano que pueblan allí el bosque, es sorprendente. Es este animal tan curioso e inocente que basta dar un golpe o romper una rama para que acudan dos o tres a ver qué pasa. De loros y catas había tal cantidad que al estrépito de un disparo cubrían el cielo como una manga de langostas. Los *paisanos* lo consideran un bocado agradable. Cuando un loro cae herido, acuden otros en bandada y chillando para salvarlo, y ni la muerte los hará huir. Es un cuadro conmovedor. Perdices de todos los tamaños hay por todas partes. Tucanes de inmenso pico, garzas reales y moras, cigüeñas y un pájaro enorme de pluma blanquísima, cabeza oscura y cuello de un rojo vivo —*lamaraní* creo que lo llamaban—, que paseaba a grandes zancadas entre displicentes y gritones chajás por los grandes charcos característicos de la región.

Un indio acababa de matar una osa descomunal y el osito huérfano gruñía sin cesar no sé si de dolor o desesperación.

Al atardecer partimos rumbo a Fortín Lavalle. Allí dimos vista al Bermejo, Río Grande o *Iñaté*. La aparición de este gran río emociona a cualquiera: ancho, profundo y manso; el rojo brillante de sus aguas cortando el verde oscuro de la impenetrable y misteriosa selva chaqueña. ¡Qué largas y variadas historias se sienten vibrar en sus riberas! Allí, a poca distancia, en la confluencia con el cauce del Teuco, la tumba de Concepción del Bermejo, la ciudad desaparecida tragada por la selva, presidiendo los trágicos Llanos de Manso de la otra orilla. Poder, majestad y silencio en la solemne caída de la tarde.

El amanecer del día siguiente me proporcionó una vivencia inusitada. Serían las cinco de la mañana cuando me despertó un coro de monos carallás que saludaban al día. Empezó tímidamente en la lejanía como el rezo de un solitario. Era el placer del nuevo día, la acción de gracias de la naturaleza embelesada de vivir.

Aquel rumor tímido en un comienzo fué aumentando en un lento crescendo hasta que todo el horizonte fulguró como una hoguera y envolvió todas las cosas en un eco de resonancias extrañas. El coro

terminó de pronto como había comenzado, con un rezo en bajo profundo del mono solitario.

Una escena animada tuvo lugar a poco. El cruce del Bermejo por una tropa de vacas de más de mil cabezas. Con muchas precauciones por causa de las pirañas. Separan primero a todo animal que tenga alguna herida, pues este tigre de las aguas, todo mandíbula y ferocidad, se enalabrina al percibir un effluvie de sangre.

Los corredores a caballo comenzaron a dar grandes voces y a resallar sus látigos al tiempo que lanzaban sus monturas a galope. Los guías, animales veteranos y acostumbrados al cruce de ríos, se lanzaron al agua desde el extremo del brete en pos de una chalana. Seis canoas, colocadas en calle a cada lado, sacudían el agua fuertemente con sus remos y gritaban desesperadamente para ahuyentar las pirañas, y estimular y mantener en el centro del vado a la columna de medias lunas que nadaba sosegada pero enérgicamente en pos de la opuesta y lejana orilla. Lo más pintoresco era la labor de los canoeros en busca de algún animal que, aterrado, se volvía hacia atrás o se apartaba obstinadamente del callejón enmarcado. Era prodigiosa la velocidad de su marcha y la rapidez y habilidad de sus evoluciones.

Una balsa de canoas se puso a nuestra disposición para transportarnos a nosotros y nuestra rural. Pero hacía dos días que al intentar lo mismo con un auto particular, la balsa cediera y el auto se fué a ocho metros de profundidad sin probabilidades de rescate. Al saber esto consideramos más seguro llegarnos hasta la balsa de El Zapallar.

Nos despedimos de nuestros recientes amigos Mateo Guevera, Peloso y Masachek y abandonamos el Puerto para Pampa del Indio. En el Fortín nos encontramos con el cacique general del Chaco, el toba Pedro Martínez y su esposa, a quienes invitamos en nuestra compañía. Cruzamos varias colonias: El Saluaje, La Escondida, Pampa Grande, Pampa Chica, etc. El Espinillo y Verdeja son las más nutridas, con unos dos mil individuos.

En todas fuimos recibidos en filas disciplinadas con abrazos de "paz, hermanos" por los creyentes de la Iglesia de Dios que eran alentados en su fervor por el cacique Martínez. Este hombre es, según creo, el mejor conocedor de la gente toba de su provincia, a toda la cual conoce y trata personalmente. Es valioso, pues, su dato de que en el Chaco hay 9.500 tobas.

En Puerto de Zapallar cruzamos el Bermejo en barco y pasamos a Laishí, donde hay una misión franciscana de unas doscientas familias tobas. Está al frente de la misma el padre Gregorio Pessia, con gran ascendiente sobre sus catecúmenos. Gracias a él pudimos reunir un rico y variado material grabado y filmado.

Quizá lo más interesante fué el baile del sapo. No sé por qué lo llaman así y en castellano. Nunca lo he oído llamar con el nombre toba, *cologologó*, como sería de esperar. Paréceme ser el baile de la tribu por dos razones: 1) porque es el baile más solemne en que todos toman parte y 2) porque se baila en las solemnidades de la tribu y es específico de la fiesta tribal más característica: la de la *menarquía*.

Los datos que he podido reunir y grabar a este respecto se los debo principalmente a un descendiente de caciques, Fernando Chacalli, persona respetable y digna de crédito. La madre comunica a la tribu que su hija ha entrado en la primera crisis de la pubertad. Inmediatamente la hija queda relegada en su choza, acostada, y desde ese momento se alimenta exclusivamente de locro huacho y no probará carne durante un mes, no ya sólo de gallina o de choncho, que es tabú para todos, sino de ninguna especie. La tribu, matriarcal en su origen, se dispone a acelerar algo que afecta a su esencia misma. Gran actividad en ella. Los hombres buscan miel afanosamente. Un toba es capaz de seguir por horas a una abeja para ubicar la colmena y el panal. Antiguamente se rapaban frente, cejas y pestañas, porque esto, a su entender, les afinaba la visión para seguir a las abejas por la maraña de los bosques. La miel afluye de varias partes al tronco ahuecado de palo borracho, y después de mezclarla con algarroba negra (*amap*) machacada o masticada y con agua, dan comienzo al rito de la fermentación. La fermentación es obra de magia producida por los cantos de los *piogonaccá*, hechiceros, para lo que es preciso que dos de éstos al menos estén durante unas treinta horas cantando sin cesar al son de una maraca (un porongo o una lata con granos de maíz adentro, las más de las veces). Los viejos no saben cantar sin este acompañamiento y así cuando no lo tienen ejecutan el movimiento con las dos manos junto a los sobacos como si con un porongo imaginario se dieran el ritmo, el compás y el tono. Mientras dura la bebida dura el canto --dos o tres días generalmente-- y quedaron chasqueados al ver que dábamos término a la fiesta a las dos apenas de la madrugada. Lo su-

ficiente sin embargo para oír cantos y presenciar aquel baile. Para éste forman una cadena en que intervienen todos, hombres, mujeres y niños, agarrándose por las manos de esta manera: el primero cruza el brazo derecho por la cintura hasta el lado izquierdo, el segundo agarra la derecha de aquél con la suya propia y pasa su izquierda por sobre el hombro derecho al tercero; éste la toma con su izquierda y pasa su derecha al cuarto lo mismo que el primero. Y así alternando sucesivamente, de modo que los nones pasan la derecha por el lado izquierdo, y los pares la izquierda por sobre el hombro derecho. Al mismo tiempo adelantan todos a la vez el pie derecho con un paso largo y lo vuelven atrás con un paso corto, y así avanzan al compás de la canción que es dirigida por los cuatro o cinco hombres de mejor voz y memoria para la letra de las estrofas.

En esta forma entonan muchas canciones con ritmos distintos: satíricas, narrativas, guerreras, amorosas, etc. Había una que celebraban con grandes risas y con imitación de cantos y voces de animales, que decían llamarse "la canción del zorro" y que tenía un sentido metalórico y en partes picaresco. A ratos improvisaban los guías una estrofa que era coreada y festejada por todos; en alguna de ellas se nos aludía burlescamente.

Los instrumentos con que se acompañaban todo el tiempo eran el tambor y las maracas descritas anteriormente.

El tambor consistía en un recipiente grande con una cierta medida de agua y cubierto con un pellejo o lienzo que se sujetaba con una piola en torno al cuello y cuya tensión se probaba hasta que daba el tono deseado.

Seguimos a Formosa y Clorinda: en las afueras de estas ciudades como en las de Sáenz Peña y Resistencia hay colonias de indios que viven míseramente; los más míseros de todos. Han perdido su tradición y sus fórmulas vitales y hasta gran parte de su orgullo característico, convertidos casi en mendigos, y no reciben en cambio más que las migajas y los sacudones de la civilización.

Cerca del Pilcomayo y de Laguna Blanca dimos con la misión franciscana de Taccagl , con sólo dos miembros, uno de ellos sacerdote: el P. Ferrante. En la misión se da enseñanza elemental a los hijos de los tobas colonos, la mayor parte de los cuales trabajan en el aserradero anexo a la misión. Los atléticos tobas son excelentes hacha-

dores del férreo quebracho. Aquí tuvimos oportunidad de grabar a una piogonagal o curandera toba de nombre Marcelina Talagancá.

Las fórmulas de curación de que nos dió cuenta son las conocidas de chupar la parte enferma, soplar, incisiones y sobre todo la del sueño y canto. Desde que hay un enfermo grave en el toldo se instala al pie del enfermo una curandera o curandero que canta sin cesar noche y día, alternándose oportunamente, y dándole de beber tisanas, algunas de las cuales provocan el sueño. Este procedimiento que acaso pudieramos definir como hipnoterapia, obtiene a veces resultados. La canción es distinta para cada brujo o bruja. Nuestra Marcelina insistía con estas palabras: *Met ayem oná, ayem oná, ayem oná* y con frecuencia añaden las palabras consignadas por el P. Ducci: *Auchogoden auogaic, auchogoden nalá* ("Apiádate, luna, apiádate, sol").

Al cadáver se lo hace desaparecer lo más secreta y radicalmente posible: lo más común es por entierro en un hoyo no muy profundo generalmente, en el bosque, encima del cual se colocan ramas y piedras para que no sea pasto de las fieras.

Lo más frecuente es que se prenda fuego al toldo del difunto, con todas sus posesiones y a veces se sigue la huída de toda la tribu procurando desaparecer con rodeos por la selva huyendo del alma del difunto, un *jouemayé*, "espíritu", que cuando es malo se llama *porá*, contra el cual se pide protección al *nouet* o espíritu bueno que anda por la selva protegiendo a sus amigos los tobas.

Aquí en Taccaglé oí una leyenda del *nouet* que hace mucho, mucho tiempo se presentó en una toldería sobre un asnillo pidiendo hospitalidad. Como se había hecho ver con un aspecto repugnante, sucio, pobre y lleno de granos y laceria, nadie lo quiso amparar. Entonces él se subió a una altura cerca de la toldería e hizo venir fríos terribles y lluvias que asolaron toda la región e hizo perecer a la mayor parte de los tobas y sólo huyendo lejos pudieron salvarse algunos.

Esta leyenda me recuerda la de Francisco de Ávila entre los Huauruchiri. Lo más interesante es que el toba que me la contó lo hacía como prueba de que creían en un Espíritu Superior que sería su Dios.

Mi primer contacto con los robustos e industriosos pilagás —casi toda la industria indígena del Chaco— alfarería, tejidos, trabajos en madera, arcos y flechas, adornos (de cuentas, etc.) —está en manos de pilagás— fué en la Colonia estatal "Bartolomé de Las Casas", cerca

de Comandante Fontana. No muchos pilagás quedan ya después del incidente de 1947. Los datos que recogí a este propósito son: unas cuarenta familias en Ibarreta, una concentración algo mayor en Pozo del Chanco con el cacique Manta y otra en Pozo del Molino cerca de Estero Patiño, al norte de la Colonia. Hay además algunas familias en Fortín Lugones. En total, unos mil individuos.

Nuestro principal informante fué el pilagá Alejandrino Isterio, sobrino del famoso cacique Garcete —Canasikié—. Las hazañas de este guerrero, héroe pilagá en las luchas encarnizadas de éstos contra los macás y otros pueblos, llenan aún la imaginación de los pilagás.

“Nosotros, narraba Isterio, le llamábamos *Canassiguitt*, que significa hombre fuerte, imbatible por las armas. Era incansable en la lucha, capaz de pelear un día entero sin fatigarse. Sus enemigos eran dignos de lástima, pues el dios —*cariá*— le da siempre la victoria. Él es quien le infunde el aliento en la lucha y lo induce a combatir aún contra su voluntad”. Todas estas frases y otras más de su relato parecen llevar el sello de una épica primitiva, no exenta de vigor. Por otra parte su narración, que conservo grabada, discurre flúida como un recitado repetido muchas veces.

En medio de su narración Alejandrino Isterio irguió su figura gigantesca y se puso a entonar la canción de guerra que él escuchara tantas veces en sus años mozos, la canción heroica de *Canassiguitt* guiando a sus guerreros al combate. No sé por qué la llamó él la canción de la lachiguana.

El camino que va desde Comandante Fontana y que pasa por Ibarreta, Estanislao del Campo, Pozo del Tigre y Las Lomitas es un regalo inesperado: un alarde de ejecución y un acierto en el panorama. He corrido por muchos caminos de América: de ninguno tengo una sensación tan grata. Es, quizá, por una parte el contraste de la naturaleza virgen, indómita y soberana —escorta de ciervos, tucanes, monos y garzas todo a lo largo de la ruta— y por otra la magnificencia espléndidamente lograda de la capacidad de esfuerzo humano. Un camino recto, ancho, en comba pareja e inalterada, piso de tierra firme y suave a la par, sin un solo bache, curvas suaves y peraltadas, con un potente tajo de un kilómetro a cada lado, y la selva vigorosa, impenetrable, negreante de verdor, con manchones de rosa y azul de tarcos y lapachos en flor.